



TODO CENTRO PRESENTE FUE MEJOR*

GUILLERMO TOVAR DE TERESA

Hay “nostálgicos” que falsifican el pasado y “progresistas” que lo destruyen. Este falso dilema olvida que la historia es “una acción moviéndose a la manera de una ola, hacia delante y hacia atrás, más bien que una dirección dominante”.

Le Corbusier en 1933 dijo: “Copiar servilmente el pasado es condenarse a la mentira, es erigir la falsificación en principio, puesto que no podrían ser reconstruidas las antiguas condiciones de trabajo, ya que la aplicación de la técnica moderna a un ideal proscrito no llega jamás a otra cosa que a un simulacro desprovisto de toda vida”.

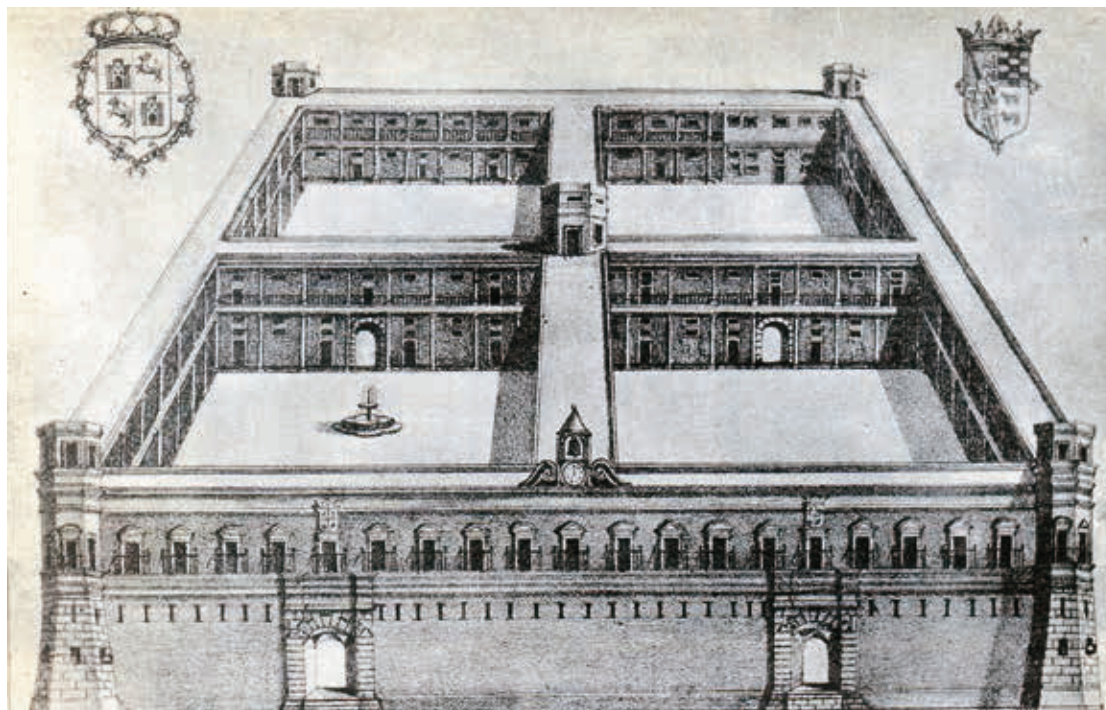
La nostalgia, en ese sentido es casi un sinónimo de falsificación. Es un espejismo de recuperación humana cuyo engaño consiste, precisamente, en hacernos creer que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. La incapacidad del individuo frente al presente facilita las tendencias a este tipo de eva-

* Texto publicado en: *La Jornada Semanal* (23 de septiembre de 1984) y en Ramón Xirau, José Luis Martínez, Francisco Vidargas, Teodoro González de León, Guillermo Tovar de Teresa, Graciela Romandía de Cantú (et. al.) (1988). *Cuarto Festival del Centro Histórico de la ciudad de México*. México: FCHCM, pp. 23-24. © Herederos de Guillermo Tovar de Teresa.

sión; la realidad se convierte en una fantasía en la cual lo presente es lo pasado; lo pasado como lo óptimo. Y armado de nostalgia, el nostálgico pretende contagiar a los demás de su visión falsificada del pasado. Consecuencia: si se preocupa de la conservación del patrimonio cultural —común a todos— es porque lo pretende excluir de la realidad presente, lo cual resulta sumamente peligroso: arrancado del cuerpo al que pertenece, lo desprovee de toda vida. El patrimonio cultural de un pueblo es lo que queda de la vida de este pueblo, de la vida y la cultura del pasado. Y si ese patrimonio está vivo, es no sólo porque somos nosotros —todos nosotros— los herederos, sino porque nos afecta y nos alimenta, no de nostalgia sino de cultura. Y esa cultura, no lo olvidemos es patrimonio de todos.

George Kubler explica dos modos de valorar el pasado: “consiste el primero en una actitud de descontento con la actual civilización, que toma forma en un primitivismo blando o nostálgico. La segunda, nacida después de

La nostalgia, en ese sentido es casi un sinónimo de falsificación. Es un espejismo de recuperación humana cuyo engaño consiste, precisamente, en hacernos creer que “cualquier tiempo pasado fue mejor”



El Palacio de los virreyes donde se pueden ver: el Patio de las Audiencias; Patio de las Oficinas; Patio Principal, la Cárcel, las Azoteas, la Torre para la pólvora, las Troneras de los entresuelos para la mosquetería, las Troneras para pedreros y las Puertas Principales.

Pag. opuesta:
Briquet, A. *Palacio Nacional* (1900).
En esta pag. Simón de Castro: *Palacio de los Virreyes*.



Manuel Tolsá:
Estatua ecuestre
de Carlos IV.
Foto: FV.

***ni todo el pasado
fue totalmente
bueno ni
totalmente malo,
ni el futuro será
la salvación o la
condena***

1800 con la arqueología prehistórica y la etnología, se podría definir como la línea dura, y sería posible expresarla, de otra manera, como una elección entre el primitivismo arcaico y el de Neanderthal. No cabe duda de que ambos alguna vez, fueron realidades”. Es muy probable que a muchos no les guste reconocer que nuestro antepasado común —el mítico Adán— haya sido un hombre simio.

Hace algunos años, hubo en México un tipo de nostálgico —extinguido por completo hoy en día— que consideró al pasado como “edad dorada” y que convivió con “progresistas” de cierto tipo —también casi desaparecidos— cuya enemistad con el pasado era enorme. Los primeros odiaban el presente y el futuro, y los segundos al pasado. Resultado: nunca se pusieron de acuerdo, y unos crearon el “clima espiritual” para modalidades pseudoartísticas aberrantes y los segundos destruyeron obras extraordinarias, en algunos casos, y bastante recuperables en otros.

Este tipo de nostálgicos —ya lo vimos— falsifican el pasado y en México son capa-

ces de crear monstruosidades tales como el “colonial californiano”, de restaurar un conjunto monumental para convertirlo en escenografía o—como en el caso de Cholula— de reconstruir una pirámide, en su totalidad, para admiración de los turistas y espanto de niños. El turismo, por ejemplo, puede, si no se actúa con prudencia, permitir que los monumentos se vuelvan objetos de consumo.

Los “progresistas” también hicieron y hacen barbaridades: queman bibliotecas, demuelen edificios, abren calles o se olvidan del patrimonio cultural exponiéndolo a la destrucción y la mutilación. El edificio de la antigua Universidad fue demolido para construir en su sitio un estacionamiento, y como este

ejemplo tenemos muchísimos más.

Este dilema, nostalgia/progresismo, se debe a una falta de sentido y conocimientos de la realidad: ni todo el pasado fue totalmente bueno ni totalmente malo, ni el futuro será la salvación o la condena. Algunas nociones equivocadas —y muy vistas— acerca de la historia y el tiempo y sus degeneraciones: nostalgia y progresismo, nos hacen olvidar la idea propuesta por Vico “de una acción moviéndose a la manera de una ola, hacia delante y hacia atrás, más bien que en una dirección dominante”.

La mirada al pasado o al futuro, es una mirada desviada del presente. Encontrar en el pasado el paraíso, la arcadia o la perfección, es tan equivocado como esperar del futuro la solución a todos nuestros problemas. Es en el presente donde está la posibilidad de discernir el pasado —discriminar lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo— y a partir de la experiencia proyectarnos al futuro. La conservación del patrimonio cultural ni es un problema de élites ni de nostálgicos: es un problema que comprende a

todos y nos hace responsables, respetuosos y orgullosos de los logros de ese pasado.

La conservación del Centro Histórico de la ciudad de México no debe ser solamente preocupación de nostálgicos. Debe ser un problema comprendido en la búsqueda de equilibrio de nuestra experiencia cotidiana. En ese sentido, Leonardo Benévolo, de la Universidad de Venecia propone algo muy sensato: “si la ciudad antigua no puede subsistir al lado de la ciudad moderna como una entidad autónoma, porque su estructura constructiva y vial es apta para acoger solamente algunas funciones de la vida moderna, debe llegar a ser, en sentido funcional, una parte especializada de la ciudad moderna; y el organismo de la ciudad moderna debe ser tratado de tal manera que se localicen en la parte antigua sólo aquellas funciones compatibles con ella, dirigiéndose a otros sitios las otras funciones incompatibles”.

La ciudad de México es inmensa y en ella hay lugar para todo y para todos. ¿Qué necesidad hay de concentrar en el Centro Histórico a la burocracia, al comercio barato, a los abastos y otras entidades y actividades, siendo el conjunto monumental más importante del continente y el espacio histórico cultural más significativo de nuestro ser? ¿Qué objeto tiene denigrar un aspecto esencial de nuestro ser, permitiendo su deterioro y abandono en manos de especuladores, propietarios y rentistas?

Existen, por fortu-

na personas ampliamente capacitadas para su labor de conservación; hay arquitectos restauradores con criterios inteligentes, que lo único que necesitan es ser escuchados. Ojalá y las autoridades los tomen realmente en cuenta. Si no hay dinero para restaurarlo, debe haber un sentido de responsabilidad mínimo que ayude a su conservación. Conservar para no tener que restaurar, o como dice Gasparini: “conservar la autenticidad con todos sus achaques”. Y para ello, lo único que se necesita es buena voluntad y, claro, de un poco — muy poco— dinero para, por lo menos, conservarlo limpio y vigilado.

Sobre el Centro Histórico ya se han dicho muchas cosas. ¿Qué se puede agregar? Tal vez, y únicamente, que está presente, y que su conservación y rescate es un problema de nosotros y de nuestro tiempo, de nuestro presente.

Juan Gómez de Trasmonte: Forma y Levantado de la Ciudad de México (1628).

